

Susana de Jesús
Carreras Gómez

Acerca de la enseñanza de las lenguas clásicas

o obstante la extraordinaria importancia que reviste el estudio de las lenguas clásicas, aún muchas personas de nuestro país, incluyendo no sólo a aquellos que aparentemente no tienen nada que ver con las mismas, sino incluso profesores de las propias ramas humanísticas, ignoran hasta las generalidades sobre este tema, sin hablar de la conciencia de su influencia y vigencia universales.

Decía un ilustre profesor de matemáticas: «Dadme a un buen alumno de latín, que haré de él un gran matemático». Y es que las lenguas clásicas no sólo aportan una formación cultural básica, sino que también ponen en movimiento los mecanismos de la inteligencia.

Afirma Napoleón Mendes de Almeida en su *Gramática latina*: «Cuando el alumno comprende cuánta atención exige el latín, de qué manera le absorben el intelecto y le deleitan el espíritu las varias formas de flexión latinas, la diversidad en el orden de los términos, la variedad de construcciones de un período, habrá comprendido de sobra la excelente cooperación, la real e insustituible utilidad del latín en la formación de su espíritu y la razón de ser del latín como estudio obligatorio en los países civilizados».

Y continúa: «No es para ser hablado que el latín debe ser estudiado. Para aguzar el intelecto, para tornarse más observador, para perfeccionar el poder de concentración, para obligarse a prestar atención, para desarrollar el espíritu de análisis, para acostumbrarse a la calma y a la ponderación, cualidades

imprescindibles para el hombre de ciencia: es por eso que el alumno estudia ese idioma».¹

Podría citar la queja de muchos intelectuales de renombre acerca de la carencia que en este sentido sufrimos no sólo en Cuba, sino también en países de Hispanoamérica y Europa. Así tenemos, por ejemplo, la descarnada crítica de Luisa Campuzano: «Ya nadie lee la *Eneida*, como casi nadie estudia latín. Este ha sido por décadas, el despavorido grito —de asombro, de dolor, y, sobre todo, de alarma— de mucho humanista europeo. Y, sin embargo, es latín —y el mejor latín, el más vivo—, lo que habla esa gran parte del mundo que se expresa en lenguas románicas, y es la *Eneida* —la mejor *Eneida*, la más imperecedera— lo que leemos en las obras que inician las literaturas nacionales del Viejo Mundo y las de nuestro continente».²

O el razonamiento del profesor Cleuber Cristiano de Sousa: «Cuántas veces nos tropezamos con preguntas como esta: ¡Latín! ¿Para qué estudiarlo? No lo utilizamos para nada en nuestra vida diaria. Este tipo de reflexión no es propia del alumno, y sí del pensamiento de profesionales que, buscando artificios para no enfrentar la complejidad de la lengua latina, ignoran así su importancia y se lanzan a una campaña contra la reimplantación de la lengua y la enseñanza de tal disciplina en las escuelas de enseñanza fundamental, media y superior».³

Pero incluso publicaciones no tan cercanas al mundo clásico y a la transmisión de esta cultura se han hecho eco de esta preocupación, lo cual aviva nuestra esperanza acerca de un renacer cada vez más notorio de su influencia en nuestros días. Encontramos en la revista *Sumario* un artículo en que se afirma: «Desde hace algún tiempo, las lenguas clásicas están sufriendo un proceso de *acoso* y *derribo* por parte de las autoridades educativas de numerosos países». Y más adelante: «En América, los países lo fueron olvidando (al latín) y relegando de sus planes de estudio brutalmente mediante insensibles reformas educativas».⁴

¹ NAPOLEÓN MÉNDEZ DE ALMEIDA: *Gramática latina*, p. 8, Editora Saraiva, Sao Paulo, 2000.

² LUISA CAMPUZANO: «En torno a la *Eneida*», *Universidad de La Habana*, (215): 15; La Habana, sept.-dic., 1981.

³ CLEUBER CRISTIANO DE SOUSA: Curso dentro del programa de Maestría en Educación, impartido por la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Cuba.

⁴ PALMA LAGUNILLA: «Quo vadis, latin?», *Sumario* (Publicación Editorial de Televisa), [s.n.]: 25; México, D.F., ene.-jun., 1994.

Me ha parecido muy oportuno traer a colación el tema en estos momentos, en que nuestro país se empeña en una revolución educacional, principalmente en la enseñanza media. Estamos tratando de formar maestros integrales, que propicien en el alumnado una visión holística, de manera que se conviertan en profesionales competentes, capacitados para enfrentar con independencia y efectividad los encargos científicos y sociales que pondrán en sus manos el país y los nuevos tiempos. Por el momento, al calificativo *integral* hemos debido añadir el de *emergente*, que connota urgencia, brevedad. Pero la aspiración de integralidad está en el centro de nuestra política educacional, abarcando todas las categorías de la didáctica, y propugnando una revisión de los currículos. Y *política* está estrechamente ligada a *futuro*, por lo que podemos al menos «soñar» con la posibilidad de que un día los planes de estudio de nuestra enseñanza media cuenten con un contenido de letras clásicas. Y es que, si los próceres de la educación en Cuba (Caballero, Varela, Mendive, Martí, García-Galló, Vicentina Antuña) han rendido culto a las letras clásicas, ¿por qué hemos nosotros de volverles las espaldas? ¿Por qué si los paradigmas de las bellas letras de todos los tiempos (Dante, Cervantes, Shelley, Alfonso Reyes, Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Jorge Luis Borges) han dedicado buena parte de sus vidas a estudiar y a recrear a los clásicos, pensamos que podemos nosotros permitirnos el lujo —¿el lujo?— de olvidarlos?

Y aun otras preguntas: ¿Por qué debemos recordar, estudiar, recrear a los clásicos y por supuesto al vehículo de su cultura: las lenguas clásicas? ¿Por qué precisamente ahora? Expresaba Fidel: «Hay que esforzarse en todas las manifestaciones para llegar al pueblo, pero a su vez hay que hacer todo lo que está al alcance de nuestras manos para que el pueblo pueda comprender más y mejor».⁵ Y parecía responderle Elina Miranda: «El arte clásico, precisamente por las condiciones históricas que lo originaron, tiene como centro al hombre en su propia especificidad humana [...], y no las relaciones sociales unilaterales, mercantilizadas del capitalismo, que absolutiza el valor de cambio y mutila la esencia del hombre como ser social. En esta me-

⁵ FIDEL CASTRO RUZ: «Palabras a los intelectuales» (Discurso en la Biblioteca Nacional «José Martí» en reunión con figuras representativas de la intelectualidad cubana), en *Espacios unitivos*, Ediciones Sed de Belleza, Santa Clara, 2001.

dida, el arte y la literatura de los antiguos griegos actúan como fuentes de experiencias para una mejor comprensión de las propias circunstancias y permite su proyección al futuro cuando de nuevo el hombre, en un sentido integral, es el fin de las manifestaciones artísticas». ⁶

Así, dotar al hombre de la capacidad para transformar el entorno natural y social para su mayor beneficio, es decir, brindarle una formación integral, debe ser el fin último de todo el quehacer oficial de nuestro país, quehacer que es constantemente perfectible a tono con el vertiginoso avance que en todos los ámbitos enfrenta la humanidad. Este objetivo puede resumirse en un solo concepto: *humanismo*, que, como afirma Pablo Guadarrama, «constituye precisamente la antítesis de la alienación», entendida esta última como *exclusión*, y presuponiendo en el humanismo «asunción, incorporación, ensanchamiento de la capacidad humana en beneficio de la condición humana». ⁷

Ejemplos de las potencialidades de las letras clásicas para alcanzar estos propósitos sobran, y las vías que podemos seguir para llegar a ellos son incontables.

Leemos en un trabajo de Enrique Saínez: «Lo primero que surge de manera evidente en esta nueva lectura (la de las obras de Horacio) es la extraordinaria vigencia de sus poemas, la actualidad siempre renovada de sus mejores momentos. [...] Diríase que toda su poesía es, en última instancia, una respuesta a las exigencias del diario vivir, una búsqueda de la razón suficiente del hombre en sus relaciones con el mundo. El resultado es una lección vital, un canto a la vida en toda la posibilidad de su esplendor y de su fuerza». ⁸

Asimismo, refiriéndose a Virgilio, asevera Vicentina Antuña: «creemos que su sentimiento y su ansia de paz, su elogio del campo y de la agricultura, y su canto inigualable a la naturaleza, pueden contribuir, en unos casos, a despertar afinidades poéticas dormidas y, en general, a alentar iniciativas fecundas

⁶ ELINA MIRANDA CANCELADA: «¿Por qué los clásicos?», *Universidad de La Habana*, (208): 13; La Habana, abr.-jun., 1978.

⁷ PABLO GUADARRAMA: *Humanismo en el pensamiento latinoamericano*, p. 16, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

⁸ ENRIQUE SAÍNEZ: «Horacio: una nueva lectura», *Universidad de La Habana*, (208): 59 y 61; La Habana, abr.-jun., 1978.

para la solución de problemas actuales, con la gracia y la eficacia con que solamente puede intentarlo el mejor de los poetas».⁹

Inagotables, dije, son los ejemplos de grandeza humana que podemos encontrar en los clásicos grecolatinos: el tesón de Hércules, la renuncia de Prometeo, la ternura y el valor de Eneas, la fidelidad de Penélope, la prudencia de Néstor, la amistad de Aquiles, el amor de Catulo, llevados a una dimensión paradigmática. Así, como afirma Elina Miranda, «cada época se volverá a los clásicos, los reinterpretará y asimilará de acuerdo con su propia óptica, condicionada, en última instancia, por las condiciones socio-económicas propias del momento histórico».¹⁰

Ahora bien, si deseamos acercar a nuestros jóvenes al clasicismo grecolatino, debemos impregnar de vida este proceso. Considero que ningún acercamiento sería realmente válido si no se conocieran, en primer lugar, las lenguas clásicas, cuya apropiación es marco ideal para introducir el interés, y aun más, el amor, la conciencia de la necesidad de conocer esta parcela cultural como puente y vehículo, como sostén insustituible de todo el saber de nuestros días. Pero para lograr este objetivo debemos escuchar, y seguir, el consejo de Luci Nussbaum y Amparo Tusón acerca de que «la práctica docente puede mejorar sensiblemente y ser más satisfactoria si se apoya en un tipo de reflexión ligada a la acción cotidiana»,¹¹ y no defraudar la convicción de Amaury Carbón de que «la vieja tradición clásica, cuya historia se confunde en los inicios con la propia educación, se asume en estos días de acuerdo con el papel que Martí le asignara, como un medio de mejor entendimiento del presente, y en el sentido de la justa valoración de los clásicos del marxismo, como vislumbre de las posibilidades del hombre».¹²

Considero innegable la paridad de los objetivos de la pedagogía y del humanismo. Siguiendo este principio, puede afirmarse que el proceso de enseñanza-aprendizaje de las lenguas clásicas

⁹ VICENTINA ANTUÑA: «En el bimilenario de la muerte de Virgilio. La tradición virgiliana», *Universidad de La Habana*, (215): 39; La Habana, sept.-dic., 1981.

¹⁰ Elina Miranda Cancela: «Prometeo en Casal», *Universidad de La Habana*, (217): 43; La Habana, mayo-ago., 1982.

¹¹ LUCY NUSSBAUM y AMPARO TUSÓN: «El aula como espacio cultural y discursivo», *Signos. Teoría y Práctica de la Educación*, 7 (17): 19-20; Gijón, ene.-mar., 1996.

¹² AMAURY CARBÓN SIERRA: «El latín en Cuba», h. 5 (de las conclusiones), tesis para optar por el grado científico de Doctor en Ciencias Filológicas, Universidad de La Habana, La Habana, 1995.

cas ofrece marcos referenciales tan variados como para tocar casi todas las facetas de la vida humana, con lecciones de lo mejor del legado del hombre a las mismas. Recordemos que el lenguaje, como vehículo de una cultura, recoge las experiencias de la misma y revela la psicología de sus hablantes. Así, al mismo tiempo que el alumno recibe lecciones de lenguas clásicas, profundiza sus conocimientos de las lenguas modernas (romances y no romances), se instruye acerca de la literatura clásica griega y latina y de su influencia posterior y su vigencia permanente, conoce acerca de sucesos históricos que han marcado hitos en el desarrollo de la humanidad. Por otra parte, nos suministra este proceso lecciones de ética a través de diferentes vías, enmarcadas en todas las demás lecciones, en transmisión indirecta, así como en textos cuyo objeto principal han sido precisamente estas lecciones, como son las frases célebres, las fábulas o las narraciones acerca de personajes reales que engrandecen y dan fe de los valores positivos que nunca han faltado en la historia de la humanidad. Estas, entre otras, son inferencias educativas que surgen en el proceso de apropiación de las lenguas clásicas. Algunas son previsibles; otras, a tono con la naturaleza humana y los tiempos que cambian, aparecen nuevas en cada nuevo curso y sirven como enseñanza tanto al alumno como al maestro de lenguas clásicas, depositario de una de las mayores riquezas culturales a que puede aspirar el hombre.

Por último, quisiera permitirme ofrecer una versión más amplia de la que suele hacerse de la célebre frase de José de la Luz y Caballero, tomada de la tesis del doctor Amaury Carbón, ya citado, y profesor de lenguas clásicas de la Universidad de La Habana, con quien comparto el interés por dar a la enseñanza de estas lenguas el lugar que se merecen sobre todo hoy día, en Cuba, donde siempre, más y más, el hombre y su capacidad para mejorar su nivel de vida material y espiritual ocupan el centro de todos los esfuerzos: «Educar no es enseñar Gramática, Geografía [...], es templar el alma para la vida [...], es como lo comprendió el bello idioma del Lacio, sacar del tierno niño el hombre fuerte, el valor heroico, el genio sublime»» 13

¹³ *Ibidem*, h. 10 (de las conclusiones).